

recompensa de una santa vida: vivid, pues, como verdaderos Christianos, si quereis morir como tales: à una vida christiana, sigue tambien una muerte christiana, y ambas serán premiadas con una corona inmortal: esta os deseo. Amen.

## SERMON

PARA EL DIA DE SAN FRANCISCO  
de Sales.

*Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. *Matth. 5.*

**E**L mundo, à pesar de su corrupcion, no puede menos de estimar la virtud; pero no obstante ser la virtud tan estimada, rara vez sucede que se haga amar del mundo, Esto parece una especie de contradiccion; porque ¿cómo es posible no amar à un objeto que se cautiva nuestra estimacion? No me parece, Señores, que se necesita de mucho estudio para la solucion de este problema, pues es preciso confesar que son muy raras en el mundo las virtudes puras, y sin mezcla: la injusticia del mundo consiste en atribuir à la virtud los vicios de los que la practican: mira el mal genio, y la ridiculez como inseparables de la devocion, y juzga que el zelo debe ser esencialmente audaz, barbaro, è inexorable: quisiera vengar à la virtud de esta calumnia

nia con que la infama la preocupacion, y no me será difícil, pues la he de representar oy segun la idea que de ella nos dá San Francisco de Sales.

El nombre solo de San Francisco de Sales, ofrece desde luego no sé que idea de afabilidad, que penetra el corazon: al oír nombrar à San Francisco de Sales, todos se figuran un hombre hecho para ser amado, y al que es imposible no amar, un hombre à quien todos sienten no haver conocido, embidiando la dicha del siglo que le vió nacer; un hombre que quisieran hallar otro semejante à él, para elegirle por amigo: yo, Señores, no puedo pintarle mejor, que manifestandoos aquellas circunstancias de su vida, que explican su caracter, y que son como un compendio de sus virtudes, y asi os digo, que San Francisco de Sales fue un hombre destinado del Cielo para hacer amable la virtud, que la hizo amar efectivamente, y que la adquirió muchos discipulos: manifestaba tan amable la virtud en su propia persona, que casi era imposible conocerle, y no ser, ò à lo menos no desear ser virtuoso: ¿quál seria, Catolicos, el secreto encanto que le hacia de este modo dueño de los corazones? Jesu-Christo havia prometido que la mansedumbre recibiria en la tierra una recompensa anticipada, teniendo un imperio absoluto sobre todos los corazones, y esta promesa se vió perfectamente cumplida en San Francisco de Sales: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Aprendamos, pues, Catolicos, à ordenar nuestra devocion, y à arreglar nuestro zelo con la mansedumbre, y el agrado: de este modo nuestra devocion

cion será mas sólida, y mas eficaz nuestro zelo: prueba de esta verdad es el exemplo de San Francisco de Sales, y este panegyrico se reducirá à hacerlos ver su mansedumbre: en la primera parte os manifestaré lo sólido de su devocion, la que debió todos sus atractivos à su mansedumbre: y en la segunda, la extension de su zelo, el que debió à su mansedumbre toda su eficacia: imploramos, &c. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

**E**S necesario, Catolicos, tener gran cuidado de no confundir la mansedumbre, con aquella indiferencia de corazon à la que nada altera, porque nada siente, que nada aborrece, porque nada ama, que nunca resiste, y siempre cede, porque mira con igual semblante al vicio, que à la virtud: es verdad, que no me atrevo à decidir, si debiera preferirse en la sociedad esta insensibilidad de corazon, à aquella especie de devocion barbara de algunos hombres, à quienes nadie puede sufrir, y que aun à sí mismos son insufribles; que no perdonandose à sí mismos la menor flaqueza, juzgan, que nada deben disimular en los demás: que aunque en la realidad desean el bien, es con altivez, y con imperio; que son incapaces de ceder en materia alguna, y no pueden sufrir, que otros los resistan: la severidad de su propia conducta es la ley, que prescriben à todos, y nada tienen por inocente, y licito; si no lo que se permiten à sí mismos: estos son dos abismos, opuestos entre sí en los que se pierde la virtud: la afabilidad christiana es el justo me-

medio entre estos dos extremos, y el verdadero virtuoso, se conoce por las tres siguientes señales: conserva una perfecta igualdad, sin dexarse llevar de sus antojos; es sencillo sin fausto, ni ostentacion; y es agradable, sin usar de severidad, mas que consigo mismo. ¡Qué amable es preciso que sea, Catolicos, este genero de santidad! Este fue el medio, con que San Francisco de Sales consiguió ganar los corazones à favor de la virtud.

Llamase genio desabrido aquella enfadosa disposicion, que produce en nuestras almas el temperamento de nuestros cuerpos: esta disposicion suele ser la raíz de nuestros vicios, y aun tambien de nuestras virtudes: si no procuramos corregirla, suele hacer irremediables nuestros vicios, è inútiles nuestras virtudes: no obstante, debe llamarse feliz, aquel que puede decir con el Sabio, que ha recibido del Señor una alma, dispuesta para el bien, y que le ama naturalmente: feliz aquel, que para ser verdaderamente virtuoso, no tiene mas violencia que hacerse ordenar al debido fin su natural inclinacion; pero tambien es cierto, que éste, aunque tiene mas facilidad para practicar la virtud, tiene menos merito en ella.

¿Podrèmos pensar, Señores, que San Francisco de Sales fue uno de aquellos genios altivos, y prontos, faciles en dexarse arrastrar de la ira, y de la colera? Parece que no; pero el mismo Santo nos dice que sí, con aquella santa ingenuidad que persuade todo lo que dice; y solamente diciendolo él, pudieramos creerlo: à no ser esta confesion de nuestro Santo, creeriamos, que jamás engañaron su vi-

gilancia estas pasiones, las que siempre suelen adelantarse al uso de la razon: San Francisco de Sales, en la tierna edad de doce años, se ve ya precisado à defender su pudor, que se halla acometido con la mayor violencia, y rompe en aquella tierna edad las cadenas, en que suelen quedar cautivas las mas robustas virtudes: ¿podrá este joven, que segun él mismo confiesa, era prouto para la ira, y tardo para sosegarse, dexar de ser desde la cuna las delicias de sus padres, de sus superiores, y de sus compañeros?

A lo menos parece, que su virtud se havia de acomodar à la disposicion natural de su temperamento: las pasiones regularmente no hacen mas que mudar de objeto, sin perder nada de su actividad, pues casi en todos hallan igualmente con que satisfacerse: los gustos sensibles de la virtud suelen hacer trahicion à un corazon, que quiere que los divinos consuelos reparen los sensuales deleytes, de que se priva; y aun la ira suele hallar ocasiones en que satisfacerse, dexandose arrebatado de los excesos de una mal entendida devocion: y asi, quando juzgamos haver sujetado à la naturaleza, ésta se levanta, y repara sus ruinas; y reyna, y domina, aun entre los mismos grillos con que nos parecia tenerla sujeta.

La virtud de nuestro Santo era en extremo amable; la caridad, que respiraba su corazon, animaba todas sus acciones, y se derramaba suavemente en sus conversaciones, en sus discursos, y en sus obras. ¿Con qué primor no trata las materias del amor divino, y de la caridad fraterna? Como amaba tan perfectamente, habla de las materias del amor santo

con

con la mayor perfeccion; ¿pero os parece, que esta caridad era efecto de su temperamento, ò ardid del amor propio? Juzgado, Señores, por las señales: miradle entregado à una de las pruebas de mayor afliccion, que padeció su alma: lleno de remordimientos, y atemorizado con las terribles ideas de su imaginacion, que le representaba el Infierno abierto, y amenazandole sepultarle entre sus llamas, se mantiene firme en el amor à un Dios, à quien miraba como inexorable à sus suspiros, y lagrimas: este generoso amor le sirve de consuelo, y le hace exclamar: Señor, si está decretado, que despues de mi vida, y por toda la eternidad, os he de aborrecer, haced à lo menos, que mientras viva, me aproveche de todos los instantes para amaros.

¿Es posible, que no ha de manifestar los afectos de hombre en circunstancia alguna? ¿No se ha de descuidar alguna vez su razon, para dar salida à la naturaleza? No, Señores, por qualquiera parte que le examineis, siempre le hallareis el mismo. Tanto en su conducta particular, como en la direccion de sus proximos, en sus proyectos, en las persecuciones que experimenta, en los felices, ò adversos sucesos, siempre mantiene inalterable su semblante: desacreditado para con el público, y despreciado de la Corte por una infame calumnia, se obstinó contra su natural costumbre, en no seguir el consejo de sus amigos, no queriendo hacer diligencia alguna para justificarse: vé falsificada su firma, y permanece sereno, y tranquilo, sin oírsele otra expresion mas, *que es cierto, que está tan bien imitada, que yo mismo pudiera engañarme.*

Tom. I.

V

Re-

Recibe su desgracia con la misma indiferencia, que havia recibido los aplausos de la Francia, de la Saboya, y de la Italia, y se vé desterrado de la Corte, con la misma tranquilidad de animo, que quando en ella le ofrecieron los puestos mas eminentes del Estado, y de la Iglesia, sin decir mas palabras, que las siguientes: el Señor sabe, que no merezco, ni aquellos honores, ni estos castigos: finalmente: descubierto el engaño, no recibe tanta alegría al ver manifestada su inocencia, como pena al contemplar la confusion en que se hallan sus enemigos, los que en tan apurado lance, en nadie hallan amparo, sino en San Francisco de Sales.

Comparad ahora, Señores, esta conducta, siempre inalterable, con su temperamento activo, y colerico: lo admirable de esta lucha no se pudo advertir bien hasta despues de su muerte, pues el extraordinario prodigio de hallarse petrificada su hiel dentro de su cuerpo, manifestó claramente las continuadas victorias, que durante su vida, havia alcanzado de sí mismo.

El mismo confiesa, que siempre mantuvo guerra contra su propio corazon, y que siempre estuvo violentando su genio, y al mismo tiempo parecia, que todo quanto hacia, le era natural, y acomodado à su complexion: era enemigo declarado de aquellas exterioridades, con que suele adornarse la devocion, para ser admirada; su metodo de vida era sencillo, y comun: solia decir, que se havia propuesto por modelo à Jesu-Christo, y que aunque la vida del Señor fue mas regular, y menos austera, que la del Bautista, no por eso fue menos santa.

Me

Me parece, que estoy viendo à San Agustin en la simple uniformidad de la vida de San Francisco de Sales: asi como aquel grande Obispo de Hipona, al mismo tiempo que era frugal en su mesa, y modesto en los adornos de su casa, guardando no obstante una decente propiedad en uno, y otro, no tenia dificultad en usar con discrecion de los bienes, que Dios ha criado para servicio del hombre, conformandose con el exemplo de San Pablo, en disfrutar la abundancia, y sufrir la miseria; pobre de espiritu, y de corazon en medio de las grandezas, y riquezas, que continuamente le estaban ofreciendo, y él siempre despreciaba, y rico, y magnifico en medio de una pobreza real, y verdadera.

Una de las maximas mas freqüentes de nuestro Santo, y la que mas constantemente seguia era, que la omision prudente de ciertos actos de virtud suele ser la mayor de las virtudes: por eso su principal cuidado era acomodarse siempre con aquellos, con quienes trataba, adelantarse à sus deseos, y no ser molesto à nadie, prefiriendo una humilde condescendencia à los ayunos, y penitencias, y aun à la misma oracion.

Pero, Catolicos, en todos tiempos ha havido Phariseos, que no conocen en la vitud mas que el exterior, que juzgan que para ser santos, es necesario distinguirse de los demás hombres; que siempre tienen en la boca el nombre de reforma, suspirando continuamente con afectacion, por los felices dias de la antigua disciplina: estos son unos Doctores vanos, que se tienen por los unicos depositarios de la verdadera doctrina, y fieles orga-

V 2

nos

nos del Espiritu Santos : unos Doctores peligrosos, mas propios para hacer odiosa la virtud , por los horribles colores con que la pintan , que para formarla discipulos con los afectados elogios , que de ella hacen.

No faltaron censores à la amable virtud de San Francisco de Sales, pero por ultimo se vieron precisados à hacerle justicia.

¿ Pero cómo era posible , que no se la hiciesen? ¿ Qué grandeza de alma, y qué heroismo no se advertia en aquel genero de vida sencilla, y comun? Nada me parecia tan singular en él, dice el Sabio Obispo de Belley, fino amigo de nuestro Santo, como el no singularizarse en cosa alguna: me valí, prosigue él mismo, de todo genero de astucias, para expiar sus acciones; procuré muchas veces sorprehenderle, y siempre le hallé el mismo: hasta sus mas indiferentes ademanes eran expresiones naturales de aquel amable, y sencillo candor, que reynaba en su alma, que arreglaba todos sus pasos, y dictaba todas sus palabras.

Un hombre, contra quien nuestro Santo havia empleado su autoridad en la Corte, fue à buscarle, le manifestó su corazon, y le confesó con ingenuidad lo mucho, que le aborrecia; pero Francisco exclama al oírle; yo os amo tiernamente, y esa ingenua confesion, que ahora haceis, me parece digna del mayor amor: el hombre replicó; pero advertid, que no solamente os aborrezco desde aquel lance, en que tan mal os portasteis conmigo, sino que estoy cierto de que os he de aborrecer toda mi vida; pues yo, replicó el Santo, en aquel mismo lance-

lance os amaba, ahora os amo mas, y estoy seguro, de que no dexaré de amaros, mientras viva: diciendo esto, le abraza, le manifiesta la injusticia de su pretension, y le convence; conoce el hombre la verdad de su razonamiento; pero no por eso dexa de maltratarle con sus palabras; antes, dice, os tenia por santo, pero ya quedo bien desengañado: ahora teneis razon, responde Francisco, y antes estabais muy engañado; y así, desde ahora os amaré mucho mas, pues empezareis à hacerme justicia.

Aquella inalterable paciencia, con que oía, y respondia ingenuamente à todo, le exponia muchas veces à las molestas importunidades de todo genero de personas: su condescendencia se estendia à todo; y solia decir, que nada podia impedirle el oír à sus proximos, sino la asistencia à el Altar: despues de los intereses de Dios, nada le movia tanto, como la satisfaccion de sus proximos: mas vale, decia muchas veces, acomodar nuestro genio al de los otros, que el suyo al nuestro.

Para sí solo reservaba los rigores; era tan escrupuloso consigo mismo, como indulgente con los demás; tan facil en conceder los alivios justos, como inexorable en permitirse alguno à sí mismo; tan cruel para consigo, como compasivo para con los otros; pero aunque era cruel, y inexorable consigo, practicaba los rigores con el mayor secreto, pues nada temia tanto, como ser notado: su rostro siempre estaba sereno, y alegre; en su conversacion era festivo, y agradable: ¿ quién podria pensar, que un hombre, que nunca hablaba del martyrio de la penitencia, sino para condenar los excesos, y mo-

de-

derar los rigores en aquellas personas, que se entregaban à su conducta, se estuviese continuamente extenuando à sí mismo con exercicios de la mas rigurosa mortificacion? Fue necesaria la mas continua vigilancia de uno de sus domesticos, para poder levantar el velo, con que su tímida modestia cubria sus austeridades.

En esta especie de mortificaciones procedia su virtud con entera libertad: ¿con qué gusto bebia el caliz del Señor? Ninguna enfermedad, ninguna desgracia bastaba para contentar su deseo de padecer, sin que al mismo tiempo se le oyese queja alguna, que pudiese alterar el agrado de sus palabras, sin que los dolores ocasionasen la menor turbacion en su rostro, repitiendo continuamente, que es necesario saber vivir, padecer, y sufrir con igualdad, vivir con paciencia, sufrir con amor, y morir con constancia, no aborrecer, ni amar la vida, y no temer, ni desear la muerte.

¿Qué os parece, Señores, de esta pintura? Todos sus rasgos son muy sencillos, y por tanto me parece, que debeis reparar mas en ellos: no ha sido mi intento deslumbraros con aquellas extraordinarias pinturas, que admiran, y suspenden, ni producir en vuestras almas aquellos movimientos de admiracion, que ocasionan las maravillas: he procurado hablaros al corazon, manifestandoos una virtud amable; pero para conseguir esto seria necesario, que yo estuviese dotado de aquel fervor, de aquella afabilidad, de aquella noble, y extraordinaria sencillez, propia de San Francisco de Sales: mas por tosco, y defectuoso que haya sido el retrato, que os he hecho,

cho, me parece, que puedo preguntaros: si tan amable os parece esta virtud, ¿por qué no procurais imitarla? Su sencillez os hace mas inescusables: podrá costarnos mas trabajo que à San Francisco de Sales el vencer nuestro genio para mantenernos siempre en una perfecta igualdad de animo? El reducirnos à un metodo de vida regular, y comun, formando el plan de nuestras virtudes de las diarias obligaciones de nuestro estado; usar con nuestros proximos de aquella condescendencia que queremos se use con nosotros, ¿os parece que es asunto para acobardaros? ¿Pues por qué la virtud, aun pintada con tan agradables colores, ha de tener tan pocos discipulos? Quiero concluir esta primera parte de mi discurso, exclamando con el Santo Obispo: ¡felicidades los corazones afables, y mansos que à todo ceden! Estos nunca tendrán motivo de arrepentirse de su mansedumbre, porque con ella vencen todos los obstaculos que se les presentan: la prueba de esta verdad la vereis en los felices sucesos de su zelo, à quien el agrado dió siempre la mayor eficacia, que es el asunto de la segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

**E**L zelo impetuoso, no suele ser regularmente el mas util: los rocíos suaves, y las lluvias menudas, son las que fertilizan los campos, y no las tempestades, y borrascas: el zelo, dice San Ambrosio, es la misma virtud de la caridad, y esta, como dice San Pablo, siempre es suave, y paciente, y nunca precipitada, ni fogosa.

No

No obstante, aunque el zelo siempre es virtud, y verdadera virtud de caridad, suele tomar varias formas en aquellos à quienes inspira, segun sus varias inclinaciones; y aun algunas veces suele variar en unas mismas personas, segun la diversidad de circunstancias, siguiendo discretamente diferentes rumbos: en unos siempre es prudente, tímido, y si es licito decirlo así, christianamente politico: en otros es vivo, ardiente, atrevido, y aun en algunas ocasiones santamente temerario: en unos es sencillo, segun Dios, rustico, è ignorante, segun el mundo, y solo debe sus felices sucesos à la milagrosa operacion de un Dios, que quiere servirse de la mayor flaqueza para confundir la fuerza, la prudencia, y la sabiduria del mundo: en otros resplandece con las mas vivas luces de la doctrina, pelea con arte, y metodo, como si el buen exito que espera de solo Dios, dependiese solamente de su propia industria: nosotros debemos admirar con igual respeto todos estos diferentes medios de que se vale un mismo, y unico espiritu, los que aunque suelen ser muy opuestos entre sí, todos se dirigen igualmente à unos mismos fines: pero en San Francisco de Sales, vereis, Señores, un zelo sin exemplar; no sé si me atreva à decirlo.

San Francisco de Sales vió encenderse en su alma, desde su mas tierna edad este divino fuego, el que se iba aumentando en él à proporcion que crecia en edad: este zelo, despues de haverse manifestado entre los jovenes compañeros de sus estudios, le movió à abrazar los Sagrados Ordenes, y le hizo renunciar las lisongeras esperanzas de una brillante

for-

fortuna que se le disponia en el mundo: la Bula de su Canonizacion refiere, que hallandose un dia en lo alto de la fortaleza de Allinges, mirando toda la campaña de al rededor, y considerando los horribles estragos que en ella havia hecho la heregia, exclamó de lo intimo de su corazon, con los ojos bañados en lagrimas: No, no puedo menos de acudir al socorro de tantas almas como veo perecer.

¿Qué cosas no hizo en consecuencia de este sentimiento, que explicó su alma por su boca? Pero el Sumo Pontifice añade en la referida Bula, que su zelo estuvo mucho tiempo suspenso, y como encerrado, tanto por la autoridad de su padre, que temia exponer un hijo à quien amaba con el mas tierno amor, como por la de su Obispo, à cuyas ordenes vivió siempre sujeto con el mayor respeto: quando ya se halló revestido de la plenitud del Sacerdocio, empezó à mirar su zelo como puesto en libertad, sin conocer mas limites en él, que los que le señalaba su afabilidad, la que nunca conoció limite alguno: à todo se arrojaba, à todo resistia, de todo triunfaba, ya se tratase de reducir los pecadores al camino de la virtud, de ilustrar, confundir, y convertir à los Hereges, ò de guiar à los justos à la perfeccion; su zelo, siempre eficaz por su agrado, nada tenia por imposible: para convertir à los pecadores mas obstinados en la culpa, no se valia de mas medios que de su agrado; contra las astucias, y furros de los Hereges no usaba de mas armas que de su afabilidad, y para facilitar, y allanar los mas asperos caminos de la perfeccion, no se valia de mas industria, y artificio, que de su mansedumbre.

Tom. I.

X

No